

Del peronismo al desarrollismo

La restricción externa y el debate sobre el capital extranjero

POR MARCELO ROUGIER

Doctor en Historia, investigador independiente del CONICET/IIEP-Baires y profesor titular de Historia económica y social argentina en la Facultad de Ciencias Económicas (UBA). Ha publicado numerosos artículos y capítulos de libros sobre historia de la industria y las empresas, entre ellos *El banco industrial durante el primer peronismo* (2001); *Industria, finanzas e instituciones. La experiencia del Banco Nacional de Desarrollo* (2004); *Estado y empresarios en la industria del aluminio* (2011); *La economía del peronismo* (2012); *Aldo Ferrer y sus días* (2014) y *La industrialización en su laberinto. Historia de empresas argentinas* (2015).

Tal como lo ha destacado Aldo Ferrer en su último artículo, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, la economía argentina ha alternado entre dos modelos económicos, uno de carácter “nacional y popular” y otro “neoliberal”. El triunfo de Macri puede entenderse como un nuevo caso de esa alternancia luego de la experiencia kirchnerista. En el primero de esos modelos el Estado asume un protagonismo destacado y enfatiza la soberanía económica y la inclusión social. En el segundo, la confianza está en las virtudes del mercado y la apertura incondicional al orden mundial. La industrialización por sustitución de importaciones predomina en el modelo nacional y popular; el énfasis en la producción y las exportaciones primarias y las finanzas, en el neoliberal. Estas definiciones a grandes rasgos se sostienen en el análisis histórico y permiten abordar determinados problemas persistentes de la economía argentina, tales como la

restricción externa, el escaso avance de las ramas básicas de la industria, la dependencia del capital extranjero, la inflación, etcétera.

Nuestro propósito en este breve artículo es considerar algunos de estos problemas en una etapa histórica restringida, como son los años cincuenta, desde el plano de las ideas; el análisis desborda el marco de los modelos de desarrollo planteados por Ferrer en una interpretación matizada y que a la vez los complejiza. Con este acotado propósito, en lo que sigue, repasamos las discusiones que se desplegaron en los años cincuenta en torno a los problemas de la restricción externa y la necesidad de llamar al capital extranjero. En particular consideraremos las intervenciones de los últimos años del gobierno peronista y las impulsadas por el denominado Plan Prebisch para luego enfatizar en las derivaciones que terminaron con la implementación de la política económica “desarrollista” a fines de esa década.



MARTIN SCHIAPPACASSE

► LA RESTRICCIÓN EXTERNA Y LAS ALTERNATIVAS DURANTE EL GOBIERNO PERONISTA

Hacia 1949, luego de un proceso de expansión en el marco del modelo “nacional y popular” del primer peronismo, y de modo similar a las actuales circunstancias, las dificultades externas y el proceso inflacionario dieron cuenta de que el ciclo exitoso de los primeros años había culminado y que era necesario proceder a un ajuste del peso relativo de los sectores productivos y del consumo interno². Pero también debió discutirse con mayor profundidad la necesidad de recurrir al capital extranjero como forma de resolver los problemas coyunturales del frente externo pero fundamentalmente de la estructura productiva argentina que requería inversiones de envergadura en diversos rubros. Ello sin duda ponía en tensión las banderas soberanistas con las que se había construido políticamente.

Las respuestas del gobierno a la crisis de divisas supusieron cambios en la política económica que básicamente fueron orientados por las circunstancias, al menos entre 1949 y 1951, momento en que Gómez Morales agrupó las nuevas ideas y propuestas en su libro *Política económica peronista*³. En este trabajo, el ministro de Finanzas procuró adecuar los lineamientos más generales de la “filosofía peronista” condensados en las políticas nacionalistas e industrialistas llevadas a cabo hasta 1949 a la nueva situación, siempre confiando en que podía restablecerse una situación favorable a partir de una mejora de las colocaciones de productos agrarios en el mercado internacional. Gómez Morales consideraba que el aporte del capital extranjero era indispensable para el desarrollo de países como la Argentina, pero reconocía que esa irrupción podría tornarse peligrosa si no se ponía coto a aquellos capitales tanto nacionales como internacionales que “en lugar de producir y contribuir al acrecentamiento de la riqueza y al bienestar general, se orienta sólo a la obtención de un mayor lucro, a la absorción de las economías y a la dominación política”⁴.

Al igual que los documentos que elaboraba la Comisión para América Latina (CEPAL) por ese entonces, Gómez Morales destacaba las dificultades del comercio internacional y la tendencia al deterioro de los términos del intercambio para los productos agropecuarios, lo que impedía una mayor disponibilidad de importaciones esenciales, finalmente. Con todo, el desarrollo del sector industrial era suficiente para contrarrestar las repercusiones de carácter depresivo “que ordinariamente hemos recibido de los grandes centros cíclicos mundiales” y clave para sostener un alto nivel de empleo⁵. Este desarrollo se comprobaba en la composición de las importaciones que en su mayor parte correspondía a materias primas, productos semielaborados y maquinarias, de allí que los materiales básicos y otros productos esenciales debían ser adquiridos en el exterior en una medida acorde a las necesidades y disponibilidades de divisas.

Pero sólo a partir de una más fuerte crisis en 1952 las nuevas ideas cobrarían mayor cuerpo y encontrarían una base de sustento teórico muy diferente del que había apuntalado las orientaciones económicas iniciales. Concluido formalmente el plazo del Primer Plan Quinquenal en 1951 el gobierno decidió lanzar un segundo programa que debió retrasarse en su aplicación hasta 1953 por la política de estabilización y ajuste fiscal. Este Segundo Plan Quinquenal (SPQ) podía apoyarse ahora en los desarrollos teóricos que sobre planificación circulaban a nivel mundial, tendientes a superar las fallas de mercado dentro de las economías capitalistas e impulsar el desarrollo económico y social, teorías que gozaban de gran predicamento por ese entonces.

Más allá de las consideraciones generales, el SPQ tenía propósitos muy diferentes al primero dada la crisis del sector externo y el estancamiento de la producción agropecuaria e industrial en los años previos, además de precisar más ajustadamente las metas de producción y de inversión⁶. El objetivo principal consistía no en evitar la crisis de la industria que sobrevendría por la recuperación del comercio internacional como buscaba el primero, sino en resolver la crisis estructural del sector externo de manera compatible con el sostenimiento de una política de redistribución de ingresos y la “justicia social”.

El plan estaba en línea con los estudios de la CEPAL que explicaban las causas de los desequilibrios que se producían en el sector externo: además de la tendencia decreciente de la demanda de productos primarios por parte de los países industrializados y del deterioro de los términos del intercambio, el aumento de la demanda de las importaciones en los países poco desarrollados exigía importar apreciables cantidades de

PREBISCH RECOMENDABA MEDIOS ORTODOXOS PARA CONTENER LA INFLACIÓN, LA REDUCCIÓN DE LA TASA DE CREACIÓN DE DINERO Y DE LOS GASTOS GUBERNAMENTALES, PRINCIPALMENTE. TAMBIÉN PROPONÍA EL DESMANTELAMIENTO GRADUAL DE VARIOS MECANISMOS DE INTERVENCIÓN ESTATAL.

bienes de capital mientras que el aumento del ingreso *per cápita* aumentaba la demanda de bienes de consumo importados. Para resolver ese dilema el Segundo Plan Quinquenal priorizaba en principio el incremento de la producción agrícola-ganadera, esto es una propuesta en clara línea con la política de “cambio de rumbo” ensayada desde 1949. Con su importancia, las prioridades industriales se hallaban subordinadas a los objetivos económico-sociales que enfatizaban la producción energética y la mecanización y el perfeccionamiento de las actividades agropecuarias.

Paralelamente, el gobierno decidió acudir a la ayuda del hasta entonces despreciado “frío e inhumano” capital extranjero. En efecto, con la sanción de la Ley de Inversiones extranjeras en 1953, el cambio de la política económica quedó plenamente cristalizado pues la nueva orientación si bien no contrastaba decididamente con las políticas iniciales sí resultaba difícil de conjugar con los discursos soberanistas previos y la declamada “independencia económica” que había declarado la constitución sancionada en marzo de 1949.

Pero la coyuntura abierta luego de la crisis externa de 1949-1952 alentó además de medidas concretas el planteamiento de nuevas investigaciones llevadas a cabo por distintos intelectuales, muchas de ellas en línea con el pensamiento cepalino. Éste fue el caso del joven Aldo Ferrer quien se había formado como economista en la Universidad de Buenos Aires; contratado por las Naciones Unidas en 1950

tuvo allí acceso a la profusa circulación de las teorías sobre el desarrollo⁷. Regresó a la Argentina en junio de 1953, se incorporó como asesor de Arturo Frondizi y del bloque de diputados de la Unión Cívica Radical y se dedicó a escribir su tesis doctoral que presentó en marzo del siguiente año. Ese trabajo se transformaría luego en su primer libro: *El Estado y el desarrollo económico*⁸. Allí Ferrer retomaba los preceptos del desarrollo equilibrado siguiendo a Allyn Young, Ragnar Nurkse y Paul Rosenstein-Rodan: “La única forma de romper el círculo vicioso ‘bajos ingresos, baja demanda, baja producción’ es, entonces, promoviendo un ‘desarrollo equilibrado’ en que la productividad y los ingresos reales vayan aumentando en todas las actividades al mismo tiempo y creando en consecuencia, mercados recíprocos que permitan la absorción de los incrementos de producción”⁹.

En su perspectiva, dadas las condiciones en que se desarrollaban las economías latinoamericanas, la iniciativa privada no podía ser el agente dinámico esencial del progreso económico: “El desarrollo de las economías atrasadas -señalaba- exige un intenso esfuerzo colectivo de estímulo y organización de las capacidades productivas que, dada la debilidad de la empresa privada, sólo puede ser puesto en marcha por el Estado. Por otra parte y aunque parezca paradójico, el fortalecimiento de la empresa privada y su aporte efectivo al progreso económico y social depende de que el Estado cree las condiciones básicas que lo permitan”¹⁰. Pero hasta entonces, la intervención estatal sólo se había aplicado para aliviar los impactos de los desequilibrios económicos originados en el exterior y no para modificar las estructuras económicas en pos de lograr el desarrollo.

Su explicación de las causas de los desequilibrios que se producían en el sector externo coincidía con la de la CEPAL y las esbozadas también por Gómez Morales: además de la tendencia decreciente de la demanda de productos primarios por parte de los países industrializados y del deterioro de los términos del intercambio, el aumento de la demanda de las importaciones en los países poco desarrollados exigía importar apreciables cantidades de bienes de capital mientras que el aumento del ingreso *per cápita* aumentaba la demanda de bienes de consumo importados.

LAS “RECOMENDACIONES” DE PREBISCH Y EL DEBATE SOBRE LA INDUSTRIA

Con el golpe de Estado de septiembre de 1955 se inició una etapa de profunda revisión de las políticas económicas derivando en un intenso debate que involucró tanto a los políticos y corporaciones como a diferentes intelectuales y centros de pensamiento. El ►

► gobierno militar convocó a Raúl Prebisch con el propósito de realizar un diagnóstico de la situación económica y delinear la estrategia a seguir; el antiguo funcionario fue recibido calurosamente, recuperó su cargo en la Universidad y se abocó pronto a discutir con el gabinete de ministros y subsecretarios la situación política y económica del país.

Prebisch elaboró junto a un reducido grupo de colaboradores un diagnóstico provisorio sobre la situación argentina¹¹. El primer informe caracterizó al país como inmerso en la “peor crisis de la historia”, una economía descapitalizada, con la infraestructura destruida, con una gran deuda externa y alta inflación.

Prebisch recomendaba medios ortodoxos para contener la inflación, la reducción de la tasa de creación de dinero y de los gastos gubernamentales, principalmente. También proponía el desmantelamiento gradual de varios mecanismos de intervención estatal, buscando retornar a un sistema de libre mercado, en especial los controles de precios y de cambio, así como los subsidios al consumo.

Para Prebisch el principal obstáculo para el desarrollo económico era el desequilibrio externo; de allí que recomendara la devaluación de la moneda, una mejora de los ingresos rurales que serviría para mejorar la posición de balanza de pagos del país. Esta solución debía reforzarse con la afluencia de capitales extranjeros y con la renegociación de la deuda externa. Para lograrlo, la Argentina tenía que abandonar su aversión nacionalista contra los capitales extranjeros, y obtener fondos del exterior para financiar las importaciones imprescindibles. El asesor consideraba además que estas medidas no eran suficientes y que debía procurarse la afluencia de capitales extranjeros a través de empréstitos o de inversiones directas (e ingresar tanto al Fondo Monetario Internacional como al Banco Interamericano de Reconstrucción y Fomento).

Desde esa perspectiva, Prebisch se ubicaba claramente en línea con el “modelo liberal”, que suplantó al

“nacionalista”. Pero no debe entenderse de manera simple. Estas recomendaciones se combinaban con otras de carácter “heterodoxo” o “desarrollistas” para la resolución del desequilibrio externo, producto de la insuficiente inversión en la producción agropecuaria pero también del escaso desarrollo de la industrialización. En este sentido, Prebisch señaló que las políticas industriales no habían sido acertadas y que la Argentina debía continuar vigorosamente el esfuerzo de industrialización, especialmente de las industrias básicas indispensables para fortalecer la economía del país y atenuar su vulnerabilidad exterior.

Al igual que el SPQ, Prebisch seleccionó a las industrias del hierro y del acero, la metalúrgica y a la de maquinarias como las prioritarias a estimular. Por otro lado, debían desarrollarse otras industrias sustitutivas que permitieran una reducción no costosa del uso de divisas (papel y celulosa, productos químicos básicos y petroquímica). Se prescribía también el fomento de las obras de infraestructura, especialmente de energía eléctrica y de transportes, con el fin de mejorar la competitividad de las actividades productivas.

Apenas publicado el Informe salieron a la luz varios libros y una gran cantidad de artículos y ensayos, que se combinaron con estudios provenientes de partidos políticos y las principales corporaciones¹². Una postura relativamente favorable al Informe fue la de Ángel Monti, quien consideraba que el problema de la economía argentina era estructural y que el crecimiento con recursos nacionales significaba sacrificar el presente, lo cual no era siempre posible desde el punto de vista social. Por lo tanto, debían ponderarse muy bien los insumos y otros bienes que la economía requería para no esterilizar la disponibilidad de algunos elementos en ausencia de otros.

Por su parte, Roberto Alemann, al igual que Prebisch, caracterizaba a la crisis argentina como de “desarrollo”¹³. Luego de la etapa ganadera y agrícola, la economía había entrado en la “industrial” elaborando materias primas producidas localmente (alimentos, cueros, textiles); pero, en opinión de este autor, esa etapa debió terminar poco después de finalizada la guerra, cuando una coyuntura excepcionalmente favorable colocó al país en condiciones de impulsar el crecimiento de industrias básicas y de la energía, con las cuales se hubiese complementado racionalmente el desarrollo industrial y se hubiese logrado una mejora gradual y persistente en su ingreso”. Se trataba de una “crisis de crecimiento” que se manifestaba en el estancamiento de la producción agropecuaria, en la deficiencia de los transportes y en la baja productividad del sistema económico en general que terminaba por recargar los costos de las empresas.

PARA JAURETCHE, EL INFORME CONSTITUÍA LA EXPRESIÓN ECONÓMICA DE LA “REVOLUCIÓN POLÍTICA” CUYO OBJETO ERA ENCUBRIR UNA CONTRARREVOLUCIÓN ECONÓMICA Y SOCIAL CON EL FIN DE RETROTRAER AL PAÍS A SU VIEJA BASE AGRARIA Y COLONIAL.

Quien más tempranamente y con mayor vehemencia asumió la defensa de la política económica del peronismo fue Arturo Jauretche¹⁴. Para este autor, el Informe constituía la expresión económica de la “revolución política” cuyo objeto era encubrir una contrarrevolución económica y social con el fin de retrotraer al país a su vieja base agraria y colonial.

Pero quizás fuese Pinedo quien en el proceso post 1955 más abiertamente criticó las posturas proindustriales y las tesis de Prebisch desde distintas tribunas¹⁵. En ese contexto, el exfuncionario reeditó en parte su trabajo de 1954 *Porfiando por el buen camino*, ahora bajo el título *El fatal estatismo*, con el claro propósito de impugnar las concepciones intervencionistas. En su opinión, el debate sobre la estrategia de desarrollo instalado por Prebisch y la CEPAL era una “falacia” ya que no se podía ser “agrarista o industrialista por sistema”. Bien podría decirse, sostenía, “como hoy se dice de la industrialización que la agrarización de la economía es esencial para el progreso argentino”. Para Pinedo la Argentina no podía “buscar su bienestar en una sistemática industrialización, como no puede hacerlo en el repudio de la actividad fabril concentrándose en su tradicional producción agraria”, lo que sería imposible aunque se lo intentara.

Dolido por las críticas que consideraba injustas, Prebisch tuvo posibilidad de contestar algunas de ellas y reafirmar sus ideas en distintas ocasiones. Prebisch aprovechó la oportunidad para confrontar con Pinedo: “Desarrollo industrial para sustituir importaciones y para aumentar nuestras muy endeble exportaciones industriales. Esto, señores, que parece tan obvio, ha sido sin embargo discutido últimamente por el Dr. Pinedo... se ha sentido sencillamente aterrado porque yo hubiese dicho que en este momento lo que se necesita es capital privado extranjero para aumentar exportaciones o disminuir importaciones, más bien que para entrar a producir lo que el país ya sabe producir”. No se necesitaba capital extranjero para la producción en “aquellas cosas que ya sabemos hacer”, sino para las industrias dinámicas “que van a contribuir a corregir los males estructurales que se han desarrollado en el país por una deficiente política industrial, una política improvisada, mal pensada, incompleta y débil”¹⁶.

EL “DESARROLLISMO”

A comienzos de 1956 Arturo Frondizi creó un centro de estudios que albergó a varios intelectuales autodefinidos como técnicos (economistas, sociólogos, juristas, entre otros), muchos de los cuales se identificarían plenamente con la experiencia del desarro-

Al igual que Prebisch, Ferrer y la CEPAL, Alemann advertía el deterioro persistente de las relaciones de precios con el exterior y apostaba a la capitalización empresarial para resolver el dilema. De hecho, un incremento de las inversiones resolvería todos los problemas. Pero Alemann no confiaba en que las inversiones extranjeras pudiesen resolver los dilemas de la economía local. El ingreso “indiscriminado” del ahorro extranjero podía traer consecuencias negativas como una mayor presión sobre el balance de pagos. En consecuencia, la política de inversiones debía radicar su peso en los ahorros nacionales y buscar los externos “sólo como complemento”.

En suma, le correspondía al Estado diseñar un programa de desarrollo, alejado de objetivos cuantitativos de producción y fijar las prioridades de inversión, lo cual no era difícil dados los embotellamientos que padecía la economía argentina. Se requerían de manera urgente inversiones considerables en las actividades básicas: transportes ferroviarios, caminos, energía, petróleo, etcétera.

Estas posturas relativamente favorables a los planteos de Prebisch no fueron las dominantes y quedaron subsumidas por la abrumadora retórica crítica.

► lismo en el poder (1958-1962). Vinculada al centro quedó la revista *Qué sucedió en 7 días* bajo el liderazgo de Rogelio Frigerio que sumó la colaboración de Raúl Scalabrini Ortíz y Jauretche, por lo que las consideraciones de la revista sobre el Plan Prebisch reproducen en líneas generales los argumentos que invalidaron tanto el diagnóstico como la propuesta del exasesor económico¹⁷. Incluso en 1957 la revista sostenía que las inversiones extranjeras podían “constituir un aporte valioso al desarrollo de la industria manufacturera nacional. Pero sería absurdo cederle la explotación de riquezas ya existentes y que constituyen la mejor oportunidad de negocios que existe en el país”¹⁸.

En rigor, no hay registros de las ideas de Frigerio que luego se identificarán con el desarrollismo antes de esta fecha; es posible que haya sido influido por Carlos Hojvat, un antiguo militante comunista, quien a fines de los años treinta había publicado *Geografía económica y social Argentina. ¿Somos una Nación?* En ese trabajo se sostenía una idea cercana al aprismo de Víctor Raúl Haya de la Torre, quien, a diferencia de Lenin, señalaba que el imperialismo era, para los países subdesarrollados, la primera etapa y no la última del capitalismo. La Argentina era un país dependiente inmerso en una sucesión ininterrumpida de crisis que debía atacar el problema de base: el aumento de la producción mediante la industrialización. Si el ahorro interno era insuficiente para acometer esa tarea debía recurrirse al capital extranjero, una interpretación pragmática en la búsqueda del objetivo mayor del desarrollo industrial.

Frigerio cautivó con sus ideas a Frondizi, quien desechó sus anteriores planteos “antiimperialistas”. Con el triunfo electoral, Frigerio se transformó en la figura más influyente del gobierno de Frondizi actuando como secretario de Asuntos Económicos-Sociales de la Presidencia, mientras que el grupo de jóvenes economistas del partido, como Aldo Ferrer, que mantenían la línea del programa “nacionalista” de Avellaneda quedaron relegados y se integraron al equipo de Oscar Alende, en la provincia de Buenos Aires.

Como es conocido a fines de 1958 el gobierno impulsó una Ley de Inversiones extranjeras que establecía enormes beneficios para su radicación y aplicó un severo plan de ajuste económico, de carácter ortodoxo. Significativamente, las medidas desplegadas por el gobierno no fueron expresadas con claridad previamente, sino que se manifestaron de manera contemporánea y en su mayor parte cuando Frigerio ya no estaba formalmente en el gobierno. En mayo de 1959 Frigerio realizó una velada crítica a las políticas económicas del peronismo “la industrialización, que históricamente debía emanciparnos, nos hizo más vulnerables. Sufrimos las consecuencias de haber desarrollado la industria liviana sin la paralela expansión de los recursos que, como el acero o la energía, le sirven de base”¹⁹. En su perspectiva, primero había que generar las condiciones para el impulso de esas actividades y luego aplicar la estabilización monetaria (el plan de ajuste), invirtiendo las prescripciones de Prebisch, Alemann y otros, esbozadas hasta entonces: “Se firmaron los contratos de petróleo con empresas extranjeras; se aseguraron las condiciones necesarias para el desarrollo de la siderurgia; se estimuló la afluencia de capitales extranjeros a través de una honrada y leal Ley de Radicaciones y se contrataron inversiones para los sectores básicos de nuestra economía, sobre todo para los sectores extractivos. Y, solamente cuando finalizó esta etapa de la labor de gobierno... se procedió a apagar el incendio de la catástrofe financiera, aplicando el plan de estabilización y austeridad”²⁰.

LA CLAVE RESIDE EN IMPULSAR UNA TRANSFORMACIÓN DE LA ESTRUCTURA MANUFACTURERA DEL PAÍS, HOY FUERTEMENTE DEPENDIENTE DE LAS IMPORTACIONES DE INSUMOS Y MAQUINARIAS Y CON UN ALTO GRADO DE EXTRANJERIZACIÓN.

Un mes después Frigerio publicó un folleto donde sostenía que los términos del intercambio habían empeorado notablemente y ésa era la causa del “empobrecimiento”. Con el propósito de resolver ese dilema, el gobierno había elaborado un plan de estabilización y un plan de desarrollo; con el primero se pretendía reducir temporalmente el consumo para reestablecer el equilibrio, mientras que el segundo dependía de los recursos que el país lograra obtener en el exterior: “En el plan de *estabilización* juega solamente nuestra capacidad y voluntad de sacrificio, consumiendo menos y produciendo más. En el plan de *desarrollo* necesitamos, en cambio, de la ayuda del capital extranjero”²¹. El éxito de esa estrategia permitiría resolver el estrangulamiento externo y lograr la ansiada liberación.

CONSIDERACIONES FINALES

Es evidente que el problema de la restricción externa a partir de la crisis de 1949 se encontraba ligado al escaso desarrollo de la estructura industrial local y su dependencia de insumos del exterior. Esa circunstancia motivó una serie de ideas y debates que dentro de una gama relativamente escueta de posibilidades se planteó la necesidad de recurrir al capital extranjero como forma de resolver el problema de la insuficiencia de divisas y la inversión, a la vez que asignó un nuevo papel al Estado, decididamente menos intervencionista y más “facilitador” de la iniciativa privada. Lo significativo de ese recorrido es que tanto el gobierno peronista, como los teóricos vinculados a la CEPAL o el estructuralismo (Prebisch, Ferrer, por ejemplo) y aquellos que serían clave dentro del pensamiento “desarrollista” (Frigerio) consideraban necesaria la inversión extranjera, aun con sus matices, coincidiendo con otros cuyas posturas eran más cercanas al liberalismo económico.

En suma, es evidente que el debate de la época trascendió la dicotomía entre un modelo “nacional y popular” y otro “liberal” y enfatizó en las causas estructurales que motivaban, con sus matices, el llamamiento al capital extranjero como forma de resolver el dilema de la insuficiencia de divisas. Sin extrapolar, esa discusión remite también a la situación actual, que no debe mirarse sólo en la dinámica de la alternancia entre esos dos “modelos”: la clave reside en impulsar una transformación de la estructura manufacturera del país, hoy fuertemente dependiente de las importaciones de insumos y maquinarias y con un alto grado de extranjerización. Si no se reconoce que ése es el objetivo principal para resolver el problema del estrangulamiento externo, la atracción del capital extranjero sólo tendrá como consecuencia inevitable la profundización de los problemas de la economía argentina. •

Notas

- ¹ Ferrer (2016).
- ² Sobre la economía del período, véase Rougier (2012).
- ³ Gómez Morales (1951).
- ⁴ Gómez Morales (1951), p. 223.
- ⁵ Gómez Morales (1951), p. 49.
- ⁶ Presidencia de la Nación (1953).
- ⁷ Véase Rougier (2014).
- ⁸ Ferrer (1956).
- ⁹ Ferrer (1956), p. 178.
- ¹⁰ Ferrer (1956), pp. 8-9.
- ¹¹ Prebisch presentó tres documentos separados, el “Informe Preliminar” del mes de octubre de 1955, “Moneda sana o inflación incontenible” y el “Plan de reestablecimiento económico” en enero de 1956, que serían declarados como “orientación general del gobierno en materia económica” (Prebisch, 1955 y 1956a).
- ¹² Véase Gilbert, Rougier y Tenewicki (2000).
- ¹³ Alemann (1956).
- ¹⁴ Jauretche (1974).
- ¹⁵ Las intervenciones se encuentran compiladas en Pinedo (1968).
- ¹⁶ Prebisch (1956b), p. 5.
- ¹⁷ Scalabrini Ortíz, que dirigió algunos números de *Qué* durante la presidencia de Frondizi, adoptaría una posición crítica respecto a los convenios petrolíferos con las compañías extranjeras, lo que finalmente llevaría a su alejamiento de la revista, al igual que Arturo Jauretche.
- ¹⁸ “Una alternativa falsa: miseria popular o concesión al extranjero”, *Qué*, 139, 1957.
- ¹⁹ Frigerio (1959a), p. 73.
- ²⁰ Frigerio, (1959a), p. 46.
- ²¹ Frigerio, (1959b), p. 8.

Referencias bibliográficas

- Alemann, Roberto (1956). *Cómo superar la crisis económica actual. Hacia una política argentina de inversiones*. Buenos Aires, Selección Contable.
- Ferrer, Aldo (1956). *El Estado y el desarrollo económico*. Buenos Aires, Raigal.
- Ferrer, Aldo (2016). “El regreso del neoliberalismo”, en *Le Monde Diplomatique*, 201, marzo.
- Frigerio, Rogelio (1959a). *El desarrollo argentino y la comunidad americana*. Buenos Aires, Francisco Colombo.
- Frigerio, Rogelio (1959b). *Los trabajadores y el desarrollo nacional*. Buenos Aires, Sociedad Editora Argentina.
- Gilbert, Jorge; Rougier, Marcelo y Tenewicki, Marta (2000). “Debates en tomo a la propuesta económica de Raúl Prebisch (1955-1956)”, en *XVII Jornadas de Historia Económica*, septiembre de 2000.
- Gómez Morales, Alfredo (1951). *Política económica peronista*. Buenos Aires, Escuela Superior Peronista.
- Jauretche, Arturo (1974). *El Plan Prebisch. Retorno al Coloniaje*. Buenos Aires, Peña y Lillo Editor.
- Pinedo, Federico (1968). *Trabajoso resurgimiento argentino*. Buenos Aires, Sudamericana, tomo 1.
- Prebisch, Raúl (1955). *Informe preliminar acerca de la situación actual del país*. Buenos Aires, Presidencia de la Nación.
- Prebisch, Raúl (1956a). *Moneda sana o inflación incontenible: Plan de restablecimiento económico*. Buenos Aires, Presidencia de la Nación.
- Prebisch, Raúl (1956b). *Texto del discurso pronunciado por el Dr. Raúl Prebisch, Secretario Ejecutivo de la Comisión para América Latina de las Naciones Unidas, ante la Cámara de Comercio de los Estados Unidos en la Argentina*, mimeo.
- Presidencia de la Nación (1953). *Segundo Plan Quinquenal*, Buenos Aires.
- Rougier, Marcelo (2012). *La economía del peronismo*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Rougier, Marcelo (2014). *Aldo Ferrer y sus días*. Buenos Aires, Lenguaje Claro.